

Jorge M. Reverte

Mario Martínez Zauner

De Madrid al Ebro

Las grandes batallas de la guerra civil española



JORGE M. REVERTE
Y MARIO MARTÍNEZ ZAUNER

De Madrid al Ebro

Las grandes batallas de la guerra civil española

Documentación de
Ignacio D'Olhaberriague Martínez

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes
Trabajo de documentación: Ignacio D'Olhaberriague Martínez

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: noviembre 2016
Segunda edición: febrero 2017
Tercera edición (primera en este formato): junio de 2021

© Jorge M. Reverte, 2016
© Mario Martínez Zauner, 2016
© Galaxia Gutenberg, SL, por los mapas de las pp. 33, 42, 62, 68, 146,
152, 155, 175, 190, 209, 227, 246, 268, 275, 278, 336 y 339
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Ulzama digital
Depósito legal: B 9240-2021
ISBN: 978-84-18807-26-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Elena Álvarez Sarrión y Garazi Zauner.
A Teseo, Nihl, Elisa y Nora.*

Índice

Introducción	13
1. El levantamiento: preparación y consecuencias <i>(julio-agosto de 1936)</i>	17
2. La batalla de Andalucía <i>(julio de 1936-febrero de 1937)</i> ...	39
3. El avance hacia Madrid <i>(agosto-noviembre de 1936)</i>	57
4. La batalla de Madrid <i>(noviembre-diciembre de 1936)</i>	81
5. La batalla del Jarama <i>(febrero de 1937)</i>	103
6. La batalla de Guadalajara <i>(marzo de 1937)</i>	119
7. La campaña del norte <i>(julio de 1936-octubre de 1937)</i>	139
8. Contraofensivas republicanas: La batalla de Brunete <i>(junio-julio de 1937)</i>	193
9. El frente de Aragón: de Belchite a Teruel <i>(agosto de 1937-febrero de 1938)</i>	223
10. La ruptura del frente republicano y la batalla de Levante <i>(marzo-julio de 1938)</i>	265
11. La batalla del Ebro <i>(julio-noviembre de 1938)</i>	289
12. La caída de Cataluña y el frustrado plan P <i>(diciembre de 1938-enero de 1939)</i>	325
13. Epílogo: el final de la guerra y el golpe de Casado <i>(febrero-marzo de 1939)</i>	345
Bibliografía consultada	369
Índice onomástico	377
Índice de mapas	391

Introducción

Entender la guerra civil española sólo es posible si se parte de un hecho: ninguno de sus protagonistas sabía con anterioridad que estaba embarcándose en un conflicto de tanta envergadura, para el que no tenían los medios humanos ni financieros necesarios, ni los conocimientos técnicos imprescindibles.

Sin embargo, la guerra tuvo lugar. Empezó como un golpe de Estado, para el que, eso sí, los golpistas movilizaron a una parte sustancial del ejército y, sobre todo, a su única fracción operativa (el Ejército de África). El Estado republicano quedó tambaleante y se defendió con lo que tenía, las fuerzas de Orden Público, Guardia de Asalto y Guardia Civil, que se mantuvieron leales en gran parte, y las milicias de los partidos, sobre todo el Partido Comunista, que se organizaron con rapidez y relativa eficacia.

La primera parte del enfrentamiento fue lo que podría llamarse el dibujo de la guerra. La enorme cantidad de combates locales perfiló los puntos de partida de una guerra más seria y organizada. Las primeras batallas se libraron en ciudades, pero también y sobre todo en las carreteras que llevaban a Madrid.

Cuando la capital resistió el empujón de las fuerzas coloniales, entonces ya empezó la guerra. El Jarama, Guadalajara, el norte, Asturias, Brunete, Belchite, Teruel, Castellón, el Ebro, Valencia y Cataluña serían, cada vez más, los escenarios de enfrentamientos entre grandes masas de ejércitos con material moderno, suministrado por las grandes potencias mundiales, y mandos profesionalizados.

Este libro es el resultado de un proceso similar, porque su origen es el de una suma de propósitos anteriores.

Llevo muchos años investigando y documentándome sobre la guerra civil española, lo que ha provocado que haya escrito varios libros, desde *La batalla del Ebro* hasta *El arte de matar*. En ese proceso he contado ocasionalmente con la ayuda de Mario Martínez Zauner e

Ignacio D'Olaberriague en las tareas de investigación y documentación. El primero de ellos me ha ayudado a redactar la historia aquí presentada y a conseguir una nueva interpretación del conflicto y las razones de sus protagonistas. Ignacio D'Olaberriague, que es un documentalista de gran envergadura, se ha encargado de documentar cada una de las batallas, un proceso agotador que requiere de la paciencia de un restaurador como él.

Creo que la visión bastante novedosa que di de la guerra en *El arte de matar* está ya culminada con este nuevo libro. Uno de los propósitos fundamentales de este trabajo es demostrar en primer lugar que Franco quiso desde el comienzo tomar Madrid, para acabar así la guerra, o el golpe en su momento. Hemos documentado al menos cinco ocasiones en que el caudillo de las fuerzas sublevadas intentó tomar la capital. El segundo de los propósitos es demostrar que Franco no pretendía tomar primero el territorio para hacer en él una escabechina, porque en ningún caso hubo dudas de que esa escabechina la iba a hacer al acabar el conflicto. Y así fue. Es también una falsedad muy cultivada por algunos historiadores sostener que el caudillo rebelde quería una guerra larga. Por el contrario, él quiso ganar cuanto antes, pero había algo que le detendría casi tres años, y se llamaba Ejército Popular de la República, una organización llena de defectos, pero también repleta de entusiasmo y patriotismo: los que le transmitieron sus grandes creadores, Juan Negrín y Vicente Rojo.

También, la estructura del libro propone una periodización singular de la guerra civil: una primera fase marcada por el avance nacional hacia Madrid, desde el norte y el sur, que acaba en las distintas batallas por su conquista (Madrid, Jarama y Guadalajara); una segunda, tras el fracaso en la toma de la capital, en la que la lucha se desplaza al frente del norte, y que incluye los esfuerzos republicanos por impedir el avance nacional (el más destacado, el de Brunete); una tercera, tras la toma del norte por las tropas sublevadas, en la que lo más destacable acontece en los escenarios de Aragón (Belchite, Teruel) y de Levante (Castellón), hasta que el territorio de la República queda partido en dos; y una cuarta y última etapa, marcada por el último intento republicano de inclinar la contienda a su favor en la batalla del Ebro, y tras su fracaso, por la toma por los franquistas de Cataluña. Madrid, que había sido la obsesión de los golpistas dirigidos por Emilio Mola, y del ejército franquista después, fue la última en caer.

Dado que el relato se estructura por batallas y frentes, no siempre sigue una linealidad cronológica, sino que en ocasiones realiza pequeños saltos temporales y digresiones, que lejos de complicar la comprensión del conflicto, deberían facilitarla.

En esencia, el libro se ha documentado con las aportaciones de muchos autores, singularmente, y hay que destacarlo, de lo escrito por José Manuel Martínez Bande, en su monumental historia de la guerra civil, y toda la bibliografía que figura en el libro *El arte de matar*, entre ellos algunos trabajos como los de Fernando Puell. Pero ha habido que recurrir en muchas ocasiones a los archivos militares, que ya habíamos trillado en otras ocasiones y que funcionan cada vez con mayor eficiencia, no sólo para encontrar la confirmación de juicios que se dan en el libro, sino a veces, el feliz hallazgo de nuevas líneas de trabajo. Mario e Ignacio lo han resuelto de manera más que satisfactoria.

Ellos dos han sido piezas esenciales para este trabajo, que debería haber culminado como una historia de la guerra, cosa que no descarto que se produzca en tiempos cercanos. Eso sí, siempre que cuente con colaboradores tan eficaces como esta vez. Y, por supuesto, con una editora tan puntillosa y eficaz como es María Cifuentes. Tanto ella como Pacho Fernández Larrondo han conseguido que el libro aparezca para el lector muy libre de tropelías.

JORGE M. REVERTE,
Madrid, julio de 2016

El levantamiento: preparación y consecuencias

(julio-agosto de 1936)

Estamos en el verano de 1936. La situación política está crispada en todo el país, y amenaza con desbordar el frágil gobierno de la República española, que desde su instauración en 1931 como Estado liberal, democrático y laico, ha logrado contener varios intentos subversivos y golpes de Estado ideados tanto desde la derecha como la izquierda. Ni el golpe del general José Sanjurjo en 1932 ni la revolución en Asturias de 1934 han logrado el objetivo de derribar a la República, como tampoco lo han conseguido distintas revueltas anarquistas que han sido reprimidas con dureza. Una tensión política que no es exclusiva de España sino que se palpa en toda Europa, polarizada por los extremos del fascismo y el comunismo, y bajo la amenaza del totalitarismo y la revolución. En ese contexto, la retórica de la violencia atruena en España, y desde todos sus rincones se pronuncian discursos que hablan de guerra de clases y llaman al exterminio del adversario. Las multitudes que aclaman a José María Gil-Robles, líder de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), o a Francisco Largo Caballero, el dirigente más importante del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y la Unión General de Trabajadores (UGT), hablan de una violencia que purifique España, que elimine de la faz de la tierra a los enemigos de clase. También aluden a la violencia otros partidos y organizaciones menores, como la Falange de José Antonio Primo de Rivera, los carlistas de Manuel Fal Conde, los comunistas de Andreu Nin o de las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC), o los anarquistas que se organizan en torno a la Federación Anarquista Ibérica (FAI). Y a todo ello hay que sumarle una acumulación de rencores en cada pueblo español, que puede reventar si hay quien prenda la mecha que haga explotar la dinamita del odio.

Los despachos episcopales y las sacristías de las iglesias de pueblo no son una excepción, y en ellos también se habla de violencia purificadora. Como también sucede entre los militares, que se reúnen en

domicilios particulares cuando no pueden hacerlo en los cuartos de banderas, para conspirar contra la República. El grupo más numeroso de estos conspiradores es el de los militares africanistas, soldados agueridos formados en territorios rifeños y curtidos en batallas sin leyes y sin clemencia para con el enemigo. Son hombres en general rudos, dotados de valor y con una limitada formación intelectual, por lo que adquieren su valía y grado por méritos militares. Pocos son capaces de montar una guerra planificada y muy pocos han logrado el diploma del Estado Mayor que acredita esa capacidad intelectual necesaria para la inteligencia militar. Es el caso del general José Enrique Varela, detenido en San Fernando por el golpe de Sanjurjo en 1932. Varela es un africanista de origen humilde al que adoran las mujeres de la aristocracia por su porte elegante, su leyenda de valor personal y su afectada elegancia, que le lleva a vestir guantes blancos en campaña. Pero la República no sólo está amenazada por militares africanistas como Varela. Entre los que conspiran se encuentran también carlistas y monárquicos alfonsinos, republicanos como el general Gonzalo Queipo de Llano e incluso masones como el general Miguel Cabanellas, jefe de las fuerzas de Zaragoza. También hay simpatizantes de Falange como el coronel Juan Yagüe, y otros que se cuidan de mostrar sus afinidades, como el general Francisco Franco, destinado en Canarias. Franco es un hombre reservado, astuto, en apariencia humilde pero sensible a los halagos de la gloria. Un africanista que ha sido el mayor beneficiario del sistema de ascensos por méritos de guerra que ha acabado provocando que la cúpula militar se haya sobrepoblado de hombres duros y bragados que no han tenido que demostrar inteligencia sino audacia frente al enemigo. Tampoco Franco posee el diploma de Estado Mayor, aunque ha sido el auténtico jefe del Estado Mayor Central durante los acontecimientos de 1934, cuya represión en Asturias dirigió desde Madrid.

Por el momento, los intentos golpistas como el de José Sanjurjo o el de Varela han fracasado por su poca capacidad de organización y su exceso de hombría, además de por su dispersión ideológica y una idea clásica del pronunciamiento que lo fía todo a que el ejército se decida a seguir la proclama lanzada por unos pocos generales. Hace falta algo más que un bravo cabecilla y un puñado de seguidores para hacer frente a las fuerzas de seguridad republicanas. Y, por eso, ahora los conspiradores han ido a buscar y encontrar apoyos en las fuerzas políticas de la derecha. Hasta hace poco, la CEDA de José María Gil-Robles creía

poder vencer en las urnas, pero los partidos alineados más a su derecha han ido incrementando sus contactos militares para propiciar un golpe de Estado. Gil-Robles había seguido su propio plan y pretendía utilizar al ejército desde el gobierno, por lo que, cuando en abril de 1935 consiguió cinco ministerios, se reservó la cartera del Ministerio de la Guerra para sí mismo y nombró al general Joaquín Fanjul como subsecretario, al que acompañaba un equipo de militares con poco afecto a la República. En diciembre, tras ver cumplida la posibilidad de que Gil-Robles perdiera el Ministerio, Fanjul le propuso sublevar a la guarnición de Madrid, una oferta que Gil-Robles rechazó y acompañó del abandono del poder.

Finalmente, la derrota parlamentaria de la CEDA tras las elecciones celebradas en febrero de 1936 había acabado con el prestigio de Gil-Robles en beneficio de los partidos favorables al golpe de Estado. El Frente Popular de Manuel Azaña ganó las elecciones y accedió al gobierno de la República. Carlos Masquelet fue nombrado nuevo ministro de la Guerra, y una de sus primeras decisiones fue dejar sin destino a los generales Rafael Villegas, Andrés Saliquet, Antonio Losada, Joaquín Fanjul, Luis Orgaz y el propio Varela, además de desplazar a puestos de importancia menor a Franco, a Manuel Goded y a Emilio Mola. La reacción de éstos fue reunirse y acordar una sublevación que se celebraría el 20 de abril; pero el Gobierno descubrió la conjura y los participantes dieron marcha atrás en su acción. A partir de ahí, será el general Mola quien decida tomar a su cargo la preparación del golpe, situando a Sanjurjo, entonces en el exilio, como jefe de la conspiración. Sanjurjo le deja hacer, y Mola comienza a extender su red por diferentes guarniciones con la ayuda de la Unión Militar Española (UME), una sociedad militar secreta. Un gran número de miembros del Estado Mayor se afilian a las tesis de Mola, entre ellos, los generales Queipo de Llano y Cabanellas. Además, Mola tiene que hablar también con Falange y con los carlistas para lograr su apoyo, aunque ambos imponen férreas condiciones que impiden que el pacto se haga efectivo hasta la segunda semana de julio. José Antonio Primo de Rivera, preso en Alicante, no se fía de los generales, y los carlistas contaban con su propio plan.

El personaje decisivo es, entonces, el general Mola, que firma sus célebres directivas como el Director. Mola es un hombre exaltado en sus creencias pero de carácter frío, que ha ocupado dos cargos de enorme importancia con distintos gobiernos. Ha sido director de Seguridad del

Estado tras la dictadura de Miguel Primo de Rivera, y jefe de las fuerzas africanas durante el bienio derechista, hasta que el nuevo gobierno de la República lo cesó el 1 de marzo. Mola no sólo se reúne para conspirar con Queipo de Llano y Cabanellas, sino que además tiene agentes infiltrados en Gobernación y en la policía. A su capacidad logística, añade una planificación revolucionaria en comparación con los hábitos golpistas de los militares españoles, dado que idea el golpe como un movimiento cívico-militar, articulado en torno al ejército, pero con el auxilio fundamental de organizaciones paramilitares como las carlistas o las de Falange. Mola entiende que para hacerse con el poder estatal no basta con soldados, que además pueden ser sensibles a lealtades distintas a las que les despierten u obliguen sus mandos del servicio militar obligatorio. Así que busca apoyos en otras organizaciones. Como el que le van a brindar varios contingentes de requetés, que llevan años entrenándose en los montes navarros, en las tierras del Ebro y otros muchos entornos de Cataluña y Andalucía, y que no sólo servirán como ayuda en la vanguardia, sino que actuarán como un imprescindible elemento de control de la retaguardia cuando la fuerza militar tenga que desplazarse. Y como el que va a recibir de los falangistas, que son menos numerosos, pero están bien encuadrados, al estilo de los jóvenes que han dado el poder a Adolf Hitler y Benito Mussolini en Alemania e Italia. Todos ellos serán llamados a cooperar en la empresa, aunque subordinados siempre al poder militar. De otra manera, ningún general de prestigio aceptaría formar parte del movimiento.

Mola decide también que no haya la menor confusión en cuanto a la metodología aplicada: el movimiento ha de ser extremadamente violento, para lograr vencer cuanto antes a un enemigo al que considera fuerte y bien organizado. En las primeras horas no habrá que andarse con chiquitas, sino proceder a una matanza de todos aquellos que ofrezcan la menor resistencia. En sus directivas para los alzados, el general director lo recalca: la acción debe ser implacable y violenta. Mola llega incluso a calcular que no hará falta matar más allá de cien mil personas en las pocas semanas que debe durar el levantamiento. Para que éste culmine con rapidez y efectividad, hay que lograr que el golpe triunfe en las principales ciudades donde hay efectivos y oficiales afectos a la conspiración. No se trata de tomar Madrid y esperar a que el resto del territorio se rinda a la evidencia de un golpe apoyado por la mayoría del ejército, sino al contrario, partir de varios puntos estratégicos y organizar una rápida marcha para hacer culmi-

nar el golpe en la capital. Esta estrategia centrípeta se ve condicionada por la reforma militar que había dejado en herencia Manuel Azaña tras su paso por el Ministerio de la Guerra en 1931, y por la que eliminaba las antiguas capitanías generales y las sustituía por divisiones orgánicas de carácter también claramente territorial. Así que, al margen de la importancia de las voluntades comprometidas en el alzamiento, Mola tiene que asegurar al máximo la complicidad de quienes dirigen esas divisiones orgánicas, puesto que de ellas dependen las tropas que pueden actuar en cualquier momento y situación. La de Madrid es la primera; la de Sevilla, la segunda; la de Valencia, la tercera; la de Barcelona, la cuarta; la de Zaragoza, la quinta; la de Burgos, la sexta; la de Valladolid, la séptima; y la de Galicia, la octava. Y al margen de esta organización, están las fuerzas africanas y la brigada exenta de Asturias.

La idea de Mola consiste en que los generales Cabanellas, desde Zaragoza; Saliquet, al mando de las fuerzas de Valladolid y Burgos; y Manuel González Carrasco, desde Valencia, armen columnas que sean capaces de llegar a Madrid en pocos días. El horizonte final de todos ellos es la capital, porque como dice Mola en su primera directriz, «el poder hay que conquistarlo en Madrid». La estrategia es clara: desde Valencia, por la carretera N-III, una columna partirá a Madrid el día escogido. Lo mismo harán tropas desde Zaragoza, por la N-II; y las guarniciones de Burgos, Pamplona y Valladolid se desplazarán hacia la sierra de Madrid con el fin de tomar los puertos de Somosierra, Navacerrada y el Alto del León y converger después por la N-I y la N-VI hasta la capital. El orden de prioridades no ofrece dudas: las primeras columnas en llegar a Madrid serán las que vengan del norte y de Zaragoza; después, las de Valencia. Y, por si hiciera falta, a la expectativa, el refuerzo del ejército africano.

Desde el día 20 de junio, aparece una novedad en los propios planes de Mola. El Ejército de África cobra un papel relevante, tanto por su capacidad de maniobra y combate como por su indudable lealtad. Si falla el primer envite golpista, todavía queda recurrir a un ejército numeroso y curtido, que sólo presenta un problema práctico: cómo traer a esos soldados a la península. De ello se va a encargar el general Franco, que hasta esas fechas se ha mostrado dubitativo sobre su participación en el golpe, pero que finalmente se ha decidido a intervenir en favor de los planes de Mola dirigiendo la insurrección desde Marruecos y la Alta Comisaria del Protectorado en Tetuán. Lo que toda-

vía no saben Mola ni el propio Franco es que su intervención resultará decisiva en el triunfo del golpe.

Ya en julio, se presenta una gran oportunidad para lanzar la sublevación. El día 12 unos pistoleros de derechas asesinan al teniente socialista de la Guardia de Asalto, José Castillo, y sus compañeros de la policía, un capitán de la Guardia Civil y un pistolero de UGT, se vengan matando a José Calvo Sotelo, firme opositor al Frente Popular en las Cortes y líder de la derecha española del partido monárquico Renovación Española. Tras conocerse las muertes de Castillo y Calvo Sotelo, el Gobierno suspende las sesiones parlamentarias durante ocho días, sin saber que ésa será su última sesión. El atentado hace comprender a Franco que es el momento de realizar el golpe, y envía un mensaje de conformidad a Mola para iniciarlo el día 18.

Todo tiene que empezar en Marruecos, por razones lógicas, y es necesario que los barcos comprometidos se puedan mover sin pérdida de tiempo en dirección a las comandancias de Ceuta y Melilla para embarcar tropas con destino a la península. Se ha escogido la hora próxima al atardecer para evitar que la aviación pueda bombardear a las tropas mientras se desplazan de un punto a otro del protectorado. Pero la actuación de la policía, que ha sorprendido movimientos sospechosos de algunos militares, obliga a adelantar la sublevación en unas horas, sin que eso tenga grandes efectos. En Tetuán se alza el teniente coronel Eduardo Sáenz de Buruaga, y en Ceuta, el coronel Juan Yagüe, ambos ayudados por falangistas a los que habían armado. A las pocas horas, el protectorado está en manos rebeldes y la noche del día 18 de julio, Marruecos, una guarnición de más de treinta mil soldados casi todos ellos profesionales, se convierte en un férreo núcleo insurgente. Los últimos focos de resistencia los protagoniza el jefe de la guarnición del aeropuerto de Tetuán, el comandante Ricardo de la Puente Bahamonde, quien, antes de rendirse al fuego de la artillería de las unidades que le han rodeado, logra inutilizar, al menos temporalmente, los aviones que alberga.

Una vez alcanzado su primer objetivo, los alzados telegrafían al general Franco poniéndose a sus órdenes, y éste, a su vez, abandona las Canarias para desplazarse a Tetuán, la madrugada del día 19, a bordo de un avión Dragon Rapide. Allí sus camaradas le han puesto en bandeja el mando para que se haga con las riendas de la sublevación. Y de inmediato, comienza a tomar las medidas necesarias para cumplir su tarea principal: enviar tropas a la península. La República entiende

que el ejército que representa a España en Marruecos se ha levantado en armas contra el Gobierno electo, sublevándose contra la patria y realizando un acto vergonzoso y criminal contra el poder legítimo, y declara que el movimiento está circunscrito a determinadas zonas del protectorado y que nadie en la península se ha sumado. La situación se da por controlada y se espera una inmediata vuelta a la normalidad. Nada más lejos de la realidad, porque el golpe ya ha empezado a extenderse por todo el país.

El mismo día 18, el general Mola ha puesto en marcha su plan, que prácticamente no sufrirá contrariedad alguna en su propósito de controlar las capitales castellanas y Navarra. Burgos, Pamplona, Valladolid, Salamanca o Logroño son presa fácil para las unidades regulares sublevadas, que inmediatamente se ven reforzadas por casi todos los puestos de la Guardia Civil, así como por miles de paisanos que se ponen la boina roja o la camisa azul. Mientras el director del golpe organiza las columnas que van a acudir a Madrid para ganar la plaza, en cada pueblo se escarmienta a los republicanos o izquierdistas sin vacilación. Y casi en toda España se produce un mismo fenómeno: cuando las fuerzas de seguridad o una parte importante de la guarnición se mantienen leales, el golpe se para. Cuando la mayoría de la guarnición se subleva, las ciudades caen del lado de los golpistas.

Según el plan de avance diseñado, que se basa en una estrategia centrípeta sobre la capital, mientras Franco descarga a sus hombres en la península, gran parte del norte va cayendo bajo manos sublevadas. Navarra es uno de sus principales pilares del levantamiento, y desde allí Mola da el pistoletazo de salida. El Director es el gobernador militar de la provincia, y desde su puesto ha ido orquestando diversas reuniones para preparar y ejecutar con posterioridad el golpe militar. Y para el norte de la península, sabe que necesitaba el apoyo de los carlistas, con los que al principio no logra llegar a un acuerdo debido a las discrepancias existentes en torno a los fines del golpe. Mola propugna una dictadura republicana presidida por un directorio militar que daría paso a un parlamento constituyente elegido por sufragio universal, así como la separación entre Iglesia y Estado, y el mantenimiento de la bandera tricolor. Los seguidores de Alfonso Carlos I, por su parte, defienden un Estado confesional, sin partidos políticos y recuperando la bandera bicolor.

A finales de junio de 1936, José María Gil-Robles había enviado a Pamplona a Francisco Herrera Oria y a Carlos Salamanca con un ma-

letín con medio millón de pesetas destinado a cubrir los gastos de la conspiración. Herrera Oria y el mismo Gil-Robles, junto a Juan Ignacio Luca de Tena, harían de intermediarios con los líderes carlistas en Francia, aunque sin obtener resultados satisfactorios. El día de San Fermín, Mola se reunió en Pamplona con dirigentes carlistas y falangistas y con algunos generales afines como Gonzalo Queipo de Llano, Andrés Saliquet, Joaquín Fanjul o Alfredo Kindelán, para ir negociando los flecos que restaban para lograr el apoyo a la conspiración. El líder de los carlistas navarros, Tomás Domínguez Arévalo, conde de Rodezno, le recomendó a Mola que contactase directamente con los requetés navarros, alegando que éstos eran proclives a levantarse en armas, aún sin la aprobación del líder carlista Manuel Fal Conde. Por su parte, José Calvo Sotelo, unos días antes de ser asesinado, había hecho llegar a Mola su adhesión y la de su partido Renovación Española a la causa golpista. Su asesinato el 14 de julio propiciaría el apoyo final de los carlistas, que dejaban en manos del general Sanjurjo las discusiones políticas sobre el régimen que había de venir. Mucho más fluidas fueron las negociaciones con los miembros de Falange. José Antonio Primo de Rivera, desde el penal de Alicante, finalmente había encaminado a sus acólitos navarros hacia Mola.

Tras el alzamiento en el norte de África el día 17 de julio, el general Mola ultima los preparativos para el alzamiento en Pamplona, que está previsto para el día 19. Las fuerzas con las que cuenta son el 14 regimiento de infantería América, a cargo del coronel carlista José Solchaga, el 8 batallón de montaña Sicilia del teniente coronel Pompeyo Galindo, el Grupo Mixto de Minadores del comandante Gabriel Ochoa de Zabalegui y, en la localidad cercana de Estella, el 7 batallón de montaña Arapiles, comandado por el teniente coronel Pablo Cayuela. Sobre otras fuerzas, como la Guardia Civil o la Guardia de Asalto, Mola maneja diferentes informes. En cuanto a la segunda, sabe que no tendrá problemas, ya que su capitán, José María de Atauri, está comprometido con los sublevados. Pero la Guardia Civil supone una gran incógnita para Mola. Sabe que la mayoría de los guardias están predisuestos a apoyarle, pero la duda que alberga el general es si al final esa predisposición se materializará en un apoyo verdadero, dado que su capitán, José Rodríguez-Medel, es defensor del Frente Popular. Mola hace llamar al mando de la Benemérita y le conmina a unirse a su causa; Rodríguez-Medel se niega, y se dirige a su cuartel para preparar una acción de control sobre la ciudad de Pamplona. Allí es abatido por

uno de sus hombres. A las seis de la tarde, el general Mola proclama en Pamplona su bando de guerra, mientras en la plaza del Castillo comienzan a concentrarse miles de requetés dispuestos a acatar las órdenes del Director. Allí reciben armas, se les organiza y se les pone a las órdenes de mandos del ejército.¹ Los carlistas también acuden a la plaza del Castillo al grito de «Viva Cristo Rey», donde son ovacionados. Sin mucha dificultad, Pamplona cae en manos de los sublevados.

Mientras Franco se esfuerza por lograr que sus tropas crucen el estrecho y Mola se ocupa de Navarra, sus cómplices en las provincias gallegas llevan el levantamiento a buen fin. Allí, el inicio del alzamiento tiene lugar el 20 de julio, y una vez proclamada la sublevación, los socialistas, anarquistas y republicanos han de combatir sin apenas armamento contra el bien equipado ejército golpista. En la base naval de El Ferrol, desde donde han partido los cruceros *Miguel de Cervantes* y *Libertad* con destino a Algeciras, cumpliendo órdenes del Gobierno republicano para reforzar el control sobre el estrecho, se producen los primeros conatos violentos de los golpistas. En las dársenas todavía están el acorazado *España*, el crucero *Almirante Cervera*, el destructor *Velasco*, el transporte *Contramaestre Casado* y el torpedero *T-7*. Los mandos del *España* ordenan a sus hombres el desembarco y su puesta a disposición de los sublevados de la ciudad, pero los marineros se rebelan contra los oficiales, al igual que los del *Almirante Cervera*. Cuando éste se dispone a bombardear la Comandancia General, el *Velasco*, en manos sublevadas y situado entre aquél y el *España*, abre fuego contra los marineros de ambos buques leales. Mientras, en el arsenal de El Ferrol, los trabajadores de los astilleros y los marineros luchan contra las fuerzas rebeldes, que, a pesar de lograr resistir en un principio, precisan del apoyo de los barcos cercanos. Esto lo saben los sublevados, que no están dispuestos a ceder ni las armas del arsenal ni la que es una de las pocas salidas efectivas al mar. A las tropas de a pie se une el día 21 una flota de hidroaviones que comienza a bombardear a los buques leales, y al día siguiente las fuerzas sublevadas acaban con la resistencia marinera republicana.

También el 20 de julio, a las tres de la tarde, llega a Orense la proclama del bando de guerra. El comandante golpista Antonio Casar

1. Los requetés se organizaban del siguiente modo: cinco voluntarios suman, junto con un cabo, una escuadra; tres escuadras forman un pelotón; tres pelotones, una sección; tres secciones, un requeté; y tres requetés, un batallón o tercio.

detiene al gobernador civil, y la provincia cae sin apenas resistencia. La noticia es recibida en el resto de la región y crea una gran perturbación entre la población. Mientras, en La Coruña, el general Enrique Salcedo, a cargo de la 8 división orgánica, está al tanto de los planes golpistas. Ha recibido telegramas de Franco y Queipo de Llano, y posteriormente una llamada telefónica de Mola, que pretende ganarle para la causa. Pero su lealtad hacia la República no flaquea. Tanto él como el general Rogelio Caridad Pita, que manda la 15 brigada de infantería coruñesa, se declaran leales al Gobierno. Caridad Pita se dirige por la noche al cuartel del 54 regimiento de infantería Zamora, donde se halla el máximo representante de la sublevación militar en Galicia, el coronel Pablo Martín Alonso, con intención de detenerle. Al llegar al cuartel, los hombres de Martín Alonso, que también se han unido a la sublevación, no obedecen la orden de Caridad Pita y detienen al general republicano. Martín Alonso y el coronel Enrique Cánovas Lacruz, jefe del cuerpo de ingenieros, hacen que las tropas sublevadas salgan a las calles de La Coruña, y arman a los miembros de Falange. Los ciudadanos y miembros de organizaciones de trabajadores no pueden hacer nada ante el empuje golpista, y no logran ofrecer resistencia a los sublevados. Tanto el gobernador civil coruñés, Francisco Pérez Carballo, como la Guardia de Asalto, terminan por rendirse. Aun así, se registran varias escaramuzas en toda la ciudad, y una columna de mineros de Noya ofrece resistencia a los golpistas en la estación de tren hasta el día 25 de julio. Ese mismo día es fusilado el gobernador civil, mientras que los generales Salcedo y Caridad son recluidos en un barco prisión. Después serían juzgados y condenados a muerte, y su fusilamiento se llevará cabo en Ferrol el 9 de noviembre.

En Pontevedra, el general Iglesias, que ostenta el cargo de gobernador militar, no logra que se acate el bando de guerra. En cambio, cuando lo declara en su lugar el capitán de navío Francisco Bastarreche, el ejército de la capital le obedece, y la población poco puede hacer para frenar a los golpistas. En Vigo se escucha el bando de guerra proclamado por el capitán de la 29 compañía del regimiento Mérida, Antonio Carreró Vergés, en la Puerta del Sol de la ciudad. Un socialista arranca el bando de las manos del capitán lanzando vivas a la República y Carreró ordena disparar sobre la población allí reunida. Los disturbios se extienden por la ciudad durante días, con un grupo de trabajadores que se atrinchera en el barrio de Lavadores; pero la ayuda rebelde llegada desde Pontevedra acaba con los focos de leales. Por último, en

Lugo triunfan también los golpistas. La única esperanza de victoria republicana allí reside en una columna minera que llega desde Ponferrada, pero al ver que nada puede hacer, se retira de la zona, dejando la ciudad a merced de los sublevados. En pocos días, toda Galicia quedará en poder de los rebeldes. Únicamente un foco de resistencia ubicado en Tuy, en Pontevedra, permanece fiel a la República hasta el día 26, cuando también habrá de rendirse a las tropas nacionales.

Galicia y Navarra caen rápidamente en manos de los sublevados. En cuanto a la región de Asturias, no resulta tan sencillo. En Oviedo, el coronel Antonio Aranda está a cargo de la guarnición militar. Mola ha entablado conversaciones con él para llevar a cabo la sublevación en la capital asturiana, y Aranda hace los preparativos para que siete compañías de la Guardia Civil se unan a la causa. Paralelamente, y usando un engaño, muestra su lealtad hacia el Gobierno, mientras lleva a cabo su plan. Las declaraciones a favor de la República que ha hecho en anteriores ocasiones provocan que no levante sospechas, pero poco después, Aranda llama al coronel Antonio Pinilla, jefe del regimiento de Simancas y comandante militar de Gijón, y le invita a unirse a los rebeldes, cosa que hace. A la vez, Aranda entabla reuniones con el gobierno de la provincia, pactando la entrega de armas para dárselas a las milicias populares, e incluso, junto con el coronel Pinilla, diseñando las acciones que se tomarían en contra de los sublevados. El gobernador civil de Oviedo cae en la trampa, y pensando que Aranda es leal, da la ciudad por asegurada. El coronel rebelde se encarga entonces de que cuatro mil mineros formen columnas, con la misión de marchar a defender Madrid y otros lugares que la República requiere reforzar, y los equipa con armamento en mal estado. La columna Otero y la columna Acero parten desde Oviedo hacia Madrid y Benavente, respectivamente, y Aranda se quita de un plumazo una importante fuerza de leales a la República.

Tras la partida de las columnas, el Gobierno Civil requiere que Aranda les haga la entrega de armas prometida, pero el coronel regresa a su cuartel, negándose a cumplir la orden. Por la tarde del 19 de julio, la Guardia de Asalto, a las órdenes del comandante Gerardo Caballero, impide que se materialice la entrega de armas a las milicias en el cuartel de Santa Clara, apoderándose del lugar y fusilando a los destructores. Y por la noche, Aranda destituye a Isidro Liarte, gobernador civil de la ciudad. Aunque, para mantener en secreto su condición de sublevado, todavía lanzará una proclama por la radio, empleando el himno y el lenguaje republicanos, dictando una serie de medidas desti-

nadas a «la seguridad de las personas honradas y en salvación de la República». Las medidas no se corresponderán con las acciones reales, pero consiguen desconcertar a los verdaderos leales ovetenses. Al conocerse la sublevación, la columna de Benavente regresa a Oviedo a hacerle frente y obliga a Aranda a encerrarse en la ciudad con una guarnición reforzada por numerosos voluntarios, sobre todo falangistas.

Mientras, en Gijón, el comandante militar de la ciudad y cómplice de Aranda, el coronel Antonio Pinilla, al frente del 40 regimiento de infantería de la montaña, convoca una reunión solicitando la presencia del teniente coronel de zapadores, el comandante de la Guardia Civil y los capitanes que mandan a los Carabineros y a la Guardia de Asalto. Salvo el último, acuden todos, sabiendo que Pinilla está contra la República. El coronel obtiene la lealtad de medio centenar de hombres para su causa, mientras que la Guardia de Asalto se dedica a repartir armas entre el pueblo gijonés. Los rebeldes se echan a la calle la noche del 20 de julio, tras la sublevación de los zapadores y la infantería de los cuarteles de Simancas y El Coto, pero las milicias obligan a los soldados a replegarse al de Simancas, dejándolos sitiados. Antonio Pinilla y sus hombres se ven rodeados de unos efectivos mucho mayores en número, e incluso algunos rebeldes desertan y se unen a los defensores de la República. El coronel Pinilla se recluye en el cuartel y protagonizará un episodio de resistencia que durará alrededor de un mes.

En Cantabria, pese a que la derecha había vencido en las elecciones, al producirse el alzamiento, los mandos optan por mantenerse fieles a la República. Ya antes de la sublevación, la confrontación entre derecha e izquierda llevaba camino de trascender más allá de las urnas, debido a la gran tensión presente desde el mes de febrero. Incidentes, amenazas, insultos, manifestaciones e incluso tiroteos ocasionales habían sido parte de la vida santanderina. Iniciado el golpe, el propósito principal de los sublevados es conseguir el apoyo del coronel José Pérez y de Leopoldo García Argüelles, militar al mando del 21 regimiento Valencia, acuartelado en la parte alta de la ciudad. García Argüelles tiene acceso a la armería y los conspiradores necesitan dar suministro a dos mil hombres en la capital. Confían también en que la Guardia Civil se sumará a su causa y cuentan con un seguro triunfo en Santoña, donde hay otra guarnición en el penal del Dueso y sus armas están disponibles. El Frente Popular se había hecho cargo del Gobierno Civil,

asumiendo las funciones del gobernador, y había informado la noche del 17 de julio a García Argüelles y los oficiales de la guarnición de la sublevación militar en Melilla. García Argüelles no muestra su inclinación hacia la sublevación, lo que desconcierta a los oficiales que sí son proclives a la misma. El capitán Santiago Mirones reúne a los capitanes José Bueno y Carlos Medialdea para llevar a cabo la sublevación de la guarnición de Santoña. Bueno se opone y se produce una disputa entre los capitanes que es zanjada con la detención de los tres por parte del comandante José García Vayas, que escucha la discusión y se percata de las intenciones de sus subordinados. Así, Santoña no se une a la sublevación santanderina, cuya única esperanza de triunfo recae en la guarnición de García Argüelles. Mientras el coronel se decide o no a participar, el Frente Popular va tomando las calles, estableciendo piquetes de vigilancia y armando a pequeños grupos de milicianos. El 21 de julio, en Reinosa, 18 miembros de la Guardia Civil sublevados son abatidos por milicianos que se enfrentan a ellos.

Así, en Cantabria, la fuerza del Frente Popular logra desmoralizar a los conspiradores. El mismo día 21, la guarnición leal de Santoña se instala en las cercanías del cuartel del Alta, donde García Argüelles seguía atrincherado, sin tomar aún ninguna acción. El 25 de julio el coronel se entrega, ante la sorpresa de los conspiradores civiles que se disponían a tomar las armas e iniciar la sublevación. El triunfo de los leales se convierte en una realidad. García Vayas es ascendido a teniente coronel y se hace cargo del 21 regimiento Valencia, y el Frente Popular pone en marcha un férreo control sobre la ciudad de Santander, que incluye una dura represión general a la población. El punto culminante de esa represión será el asalto en diciembre de 1936 al barco prisión Alfonso Pérez. Una multitud enfurecida, más aún tras el bombardeo sufrido por parte de una veintena de aviones sublevados, tirotea y arroja bombas de mano al barco, causando numerosos muertos. Después, un grupo de milicianos unidos al delegado del Gobierno, el jefe de la policía, el consejero de Justicia, el comisario de guerra y algunos miembros de grupos anarquistas, organizarán un tribunal popular que sentenciará a muerte a la mayoría de los prisioneros del barco. Santander queda así bajo dominio republicano hasta que Franco decida enviar a su Ejército del Norte a conquistar las plazas que se le resisten en la zona, ya a finales de marzo de 1937.

En términos generales, para los alzados el resultado del golpe parece positivo en el norte. Los rebeldes han tomado Galicia, y avanzan

con fuerza en Cantabria y Asturias. Mientras, en Álava, la falta de respuesta o la indecisión republicana permite que el general Ángel García Benítez y el teniente coronel Camilo Alonso Vega, que manda el batallón de guarnición en Vitoria, tomen la ciudad sin problemas y sumen la provincia a la causa, con la ayuda de la Guardia Civil y los carlistas. La ineficacia de los republicanos alaveses queda patente en el hecho de que Alonso Vega, compañero de promoción e íntimo amigo de Franco, no sea detenido pese a que su nombre aparece en la orden de alzamiento requisada a dos ciclistas que la portaban desde Estella con destino al jefe de la guarnición vitoriana. Mientras, Guipúzcoa y Vizcaya quedan en manos de los gubernamentales y, al igual que Cantabria y Asturias, caerán más adelante, en la campaña del norte desarrollada durante todo el año siguiente.

En cuanto a las grandes ciudades, el resultado del alzamiento es dispar. Zaragoza, que es el principal reducto de los anarquistas, no ofrece una resistencia seria al general Cabanellas y los falangistas a sus órdenes. El general republicano Miguel Núñez de Prado aterriza en el aeródromo de la capital aragonesa para intentar acabar con el intento de Cabanellas, pero lo detienen allí mismo y lo trasladan a Pamplona, donde es puesto a disposición de Mola, que ordenará su fusilamiento. Teruel y Huesca caen también en manos golpistas. En Valencia se frustra el golpe porque muchos militares y las fuerzas de seguridad permanecen leales a la República. La ciudad es tomada por los partidos y sindicatos de izquierda, que constituyen un Comité Revolucionario y declaran la huelga general, mientras ponen a grupos de trabajadores armados a patrullar las calles. En Alicante se produce la detención de medio centenar de falangistas que querían liberar a Primo de Rivera, y se logra reducir la tentativa golpista. Alcoy tampoco cambia de bando y permanece fiel a la República. Tras la caída de Valladolid, los rebeldes toman sin esfuerzo distintas ciudades castellanas como Segovia, Salamanca, Ávila, Palencia y Zamora. El fundador de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS), Onésimo Redondo, que estaba preso en Ávila, es liberado y parte a Valladolid para reclutar milicianos a través de Falange.

Extremadura acabará dividida en dos. En Cáceres, las fuerzas de Asalto y Seguridad y la Guardia Civil se ponen de lado de los sublevados. En pocas horas dominan la ciudad por completo. En Badajoz, por el contrario, la guarnición del nuevo ministro de la Guerra, el general Luis Castelló, y la Guardia Civil de la que también es comandante, se

mantienen fieles a la República. En Castilla-La Mancha, Albacete se convierte en un foco de resistencia sublevada pese a que la provincia permanece en el bando republicano. El teniente coronel Enrique Martínez Moreno declara el estado de guerra y ocupa los centros oficiales destituyendo al gobernador civil. Cuenca y Ciudad Real no se sublevan. La Guardia Civil permanece fiel a los gobernantes que son leales a la República. En Toledo ocurre algo parecido a Albacete. Un grupo rebelde formado por militares y guardias civiles bajo el mando del general José Moscardó, toma el Alcázar. Allí es sitiado por las fuerzas republicanas hasta que se produzca la toma de la ciudad por parte de los nacionales, ya en el mes de septiembre. En Andalucía, el día 19 de julio el general Queipo de Llano depone al general José Fernández de Villa-Abrille en Sevilla y hace que varios cuarteles se subleven para lograr que la ciudad caiga rápidamente en manos rebeldes, mientras se produce el desembarco en Cádiz y Algeciras de tropas de regulares procedentes de Ceuta, y las primeras tropas del Ejército de África, aunque en un pequeño número,¹ logran cruzar el estrecho de Gibraltar.

En Madrid se alzan los generales Villegas, Fanjul y Miguel García de la Herrán con órdenes de aguantar hasta la llegada de las columnas de sublevados desde Zaragoza, Burgos y Valladolid. La idea es hacer ver al Gobierno que, una vez perdida la capital, no tiene otra opción que dimitir. Pero tomar Madrid requiere más audacia que prudencia. Y Fanjul, el general jefe del golpe en la capital, ha preferido encerrarse en el cuartel de la Montaña a la espera de que otras tropas le socorran. El general Fidel Dávila había concebido de otra manera la táctica para tomar Madrid, sacando a las tropas sublevadas del casco urbano y obligando a las leales a combatir en campo abierto para luego provocar la salida de los encerrados en el cuartel de la Montaña y hacer caer a los leales en una trampa. Pero Fanjul no ha atendido sus razones, y ha preferido aguardar a que Mola y sus columnas se acerquen a la ciudad. El resultado se ha hecho esperar muy poco y su error lo ilustra el patio del cuartel, donde decenas de cadáveres anuncian lo que viene. Madrid se resiste a los golpistas y Fanjul se encierra en el cuartel de la Montaña junto con el coronel Moisés Serra, pero las milicias, la Guardia Civil y algunos destacamentos militares lo rodean. Tras seis horas de combate, las fuerzas republicanas toman el cuartel

1. Desembarcan aproximadamente unos doscientos veinte hombres en Cádiz y menos de seiscientos en Algeciras.

encabezadas por el capitán de artillería y militante socialista Urbano Orad de la Torre. Serra es abatido durante el asalto, y Fanjul, herido, es hecho prisionero y será fusilado por traidor el 17 de agosto.

Y finalmente Barcelona, que es una plaza que Mola daba ya por perdida antes de que se produjera la sublevación, se mantiene también leal. Efectivamente, la resistencia de numerosos grupos de trabajadores, unidos a la Guardia de Asalto y la Guardia Civil en última instancia, frenan el avance militar hacia el centro de la ciudad. Las tropas golpistas creen erróneamente que la ciudad está a su merced y caen en una emboscada de los leales. El resto de Cataluña, Baleares y el Levante, se ven influidos por el fracaso golpista en la ciudad condal. En Menorca, los leales resisten el empuje rebelde y el Frente Popular derrota a las tropas de los alzados. La República controlará así la base de submarinos de Mahón. Ibiza y el resto de islas caen en manos de los golpistas. Lérida, en un principio rebelde, acaba en manos leales. En Barbastro, el coronel José Villalba, sublevado en un primer momento, se suma a la República. Y Tarragona no obedece la orden de declaración del estado de guerra.

De una manera general, en La Mancha, Andalucía, Extremadura y Levante triunfan en los primeros días del alzamiento los hombres leales a la República o, lo que no es siempre lo mismo, los opuestos a la intentona. Igualmente, las grandes ciudades han logrado resistir al movimiento golpista y mantener el poder en manos del Gobierno republicano. De las cincuenta y una guarniciones más importantes de la península, cuarenta y cuatro se han sublevado, aunque no todas han tenido el éxito esperado. Tras cuatro días desde su proclamación, el alzamiento triunfa o está cerca de triunfar en Marruecos, Canarias, Baleares (excepto Menorca), Sevilla, Granada, Córdoba, Algeciras, Cáceres, Aragón y el norte de España excepto la franja costera de Asturias, Cantabria, Vizcaya y Guipúzcoa. En territorio republicano controlan también algunas plazas en Toledo, San Sebastián, Valencia, Gijón, Albacete y Oviedo.

El día 20 de julio, el Gobierno emite de nuevo una nota, «para confirmar la absoluta tranquilidad en toda la península», y ese mismo día, el golpe toma un nuevo rumbo. El general Sanjurjo, que se dirigía a España desde Portugal para ponerse al frente del alzamiento, muere al estrellarse su avioneta al poco de iniciar su despegue. El accidente empieza a despejar el liderazgo de Franco, mientras, poco a poco, el alzamiento se va extendiendo por España. Un golpe que, a pesar de no

haber triunfado, sí consigue restar fuerza a la República, ya que la mayoría del ejército y la mitad de las fuerzas del orden público se han unido al bando de los sublevados. El presidente del Consejo de ministros de la República, Santiago Casares Quiroga, decide prohibir la entrega de armas al pueblo, para poco después presentar su dimisión al presidente de la República, Manuel Azaña. El presidente decide dejar el cargo en manos de José Giral, quien tampoco es proclive a esa entrega por temor a una posible revolución, pero que pronto cambiará de opinión ante la falta de recursos frente al alzamiento.

Precisamente el retraso en la entrega de armas a las milicias obreras es lo que ha impedido en algunos lugares una respuesta eficaz que logre detener la sublevación. Aun así, los planes de Mola no se han cumplido con el éxito y la rapidez esperadas, y la República ha tenido tiempo de reaccionar. Ni los sublevados se han hecho con el poder ni el Gobierno ha logrado sofocar por completo la revuelta golpista. La consecuencia inmediata es una división del territorio español y de las diversas tendencias políticas en dos bandos claramente diferenciados y dispuestos a aniquilarse. La población del bando nacional ronda los diez millones, y la republicana los catorce. La mayor parte de la cúpula militar y las autoridades, así como la Marina, permanecen fieles al Gobierno, así como dos terceras partes de la anticuada flota aérea. En cuanto a recursos, los golpistas tienen a su disposición las regiones trigueras más importantes, mientras que los cultivos del Mediterráneo continúan en manos del Gobierno republicano. Madrid, Barcelona, Valencia y Bilbao, las grandes ciudades industriales, están en poder de la República. Pero la ventaja de la República en cuanto a medios y efectivos pronto se va a ver contrarrestada por la ayuda internacional que reciben los rebeldes. Alemania e Italia se deciden a apoyar a Franco, y sólo a él, con el envío de tropas, armamento, vehículos y aviones. Mientras, el jefe del Ejecutivo republicano, José Giral, escribe a su homólogo francés pidiéndole material bélico, y a pesar de una primera respuesta positiva, la ayuda no va a llegar en los meses siguientes.

Otra consecuencia del enfrentamiento es la dura represión que, para amedrentar al enemigo, se establece en uno y otro bando, con lo que los fusilamientos en masa se generalizan durante los meses siguientes. En el lado de los sublevados se mata de forma sistemática, casi científica, amparada por las instrucciones que dan quienes los dirigen. En el lado republicano, milicianos de retaguardia que no acuden al frente, vestidos de bandoleros o uniformados con mono azul, comienzan a liquidar a todos

aquellos que son identificados como golpistas. No es el Estado, que ha caído hecho añicos, el que manda matar, sino organizaciones revolucionarias que se planteaban ya desde antes la necesidad de borrar del mapa a los burgueses reaccionarios para poner en marcha la revolución.

En cada ciudad y provincia controlada por los sublevados, el ejército es la máxima representación de gobierno y ejerce de árbitro en cualquier asunto que se tercie, imponiendo su autoridad y canalizando todos los recursos hacia la guerra. Bajo su mando, la huelga general queda prohibida bajo pena de muerte. En el bando republicano la autoridad del Gobierno está más diluida: muchos milicianos incluso la niegan, y hay distintas facciones que se reparten la toma de decisiones. Ambos bandos clausuran o incautan los periódicos y sedes de partido del enemigo que quedan en su zona, y a ambos bandos se suman distintas organizaciones y estructuras civiles que se lanzan a combatir o apoyar a los sublevados. Es el caso de las milicias de requetés de tradición carlista y de los falangistas de camisa azul del lado golpista, y de las milicias de la Confederación Nacional del Trabajo-Federación Anarquista Ibérica (CNT-FAI), del PSOE, del Partido Comunista de España (PCE) y del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) del lado republicano.

Se inicia la guerra civil. Durante los primeros meses, tanto nacionales como republicanos se esforzarán en mantener las posiciones conquistadas. Ninguno de los bandos piensa que la sublevación vaya a durar más de dos o tres semanas y ninguno es capaz de ver la dimensión del conflicto. En todo caso, ambos bandos tienen necesidad de reorganizarse. El accidente mortal del general Sanjurjo el día 20 de julio ha supuesto una conmoción para los sublevados, especialmente entre los carlistas. Los generales llamados a sucederle quedan reducidos a cuatro: Queipo de Llano y Cabanellas, de pasado republicano y mayor antigüedad, y Mola y Franco, que comandan las mejores tropas en ese momento. La de Franco es la facción más poderosa, pero Mola se cierne sobre Madrid, a la que se considera pieza clave para el futuro de la guerra, lo que en principio le convierte en el más adecuado para comandar el golpe.

En el bando republicano, el primer problema es la ausencia de jefes y oficiales, que se han pasado en su mayoría a los rebeldes. La traición es más frecuente entre los mandos inferiores que entre los generales de división. Entre los subalternos es abrumadora. El ejército que logre poner en pie la República a lo largo de los siguientes meses no tendrá

más de dos mil oficiales profesionales.¹ La situación en las fuerzas de seguridad es inestable. La mayoría de la Guardia de Asalto ha permanecido fiel, y ha jugado un papel esencial en la derrota de los rebeldes en muchos lugares. La Guardia Civil, ahora Guardia Nacional Republicana, se divide en dos mitades, pero entre una gran parte de los que han quedado en territorio leal comienza un goteo de defecciones, que acaba con su prestigio y acentúa las dudas sobre su utilización.

José Giral intenta controlar la situación con dos militares leales. En el Ministerio de la Gobernación sitúa al general Sebastián Pozas, que mandaba la Guardia Civil; en el Ministerio de la Guerra, tras un breve lapso como titular del general Luis Castelló, entra el coronel Juan Hernández Saravia, un hombre de la confianza del presidente Manuel Azaña. El gabinete de Giral está compuesto por republicanos. Sin embargo, toda la fuerza está ahora en la calle, en las manos de las organizaciones que claman por hacer la revolución. Hernández Saravia va tejiendo, con paciencia y el frío valor que Azaña le atribuye, una frágil maquinaria que aliente la capacidad de resistencia de la República. No puede controlar muchas cosas, entre ellas el norte y Cataluña, que pasa a ser gobernada por un gabinete que preside Lluís Companys pero que es, en realidad, un rehén de la revolución anarquista de Juan García Oliver y Buenaventura Durruti, a quienes todavía les repugna hacerse cargo de cualquier cosa que se parezca a un Estado. El mejor aliado del Gobierno pasa a ser el PCE, al que la política de la Internacional Comunista le ha conducido a defender una república burguesa y, desde muy pronto, sabe que lo que hay que hacer en España es luchar por la legalidad republicana. El mensaje antifascista, que engloba la defensa de la pequeña burguesía y sus intereses, es un mensaje de orden.

En Madrid se constituye el quinto regimiento de milicias populares, bajo el mando de Enrique Castro Delgado, y con la colaboración fundamental de un agente internacional, el comisario político Vittorio Vidali, que se hace llamar «comandante Carlos Contreras», y de militantes como el obrero andaluz Juan Modesto o el cantero gallego Enrique Líster, que han aprendido algunos rudimentos de técnica militar en la Academia Frunze, cerca de Moscú. El quinto regimiento no es sino un banderín de enganche donde se da una instrucción militar de circunstancias a los voluntarios y se les encuadra en batallones que marchan al frente de forma apresurada, mal armados, pero llenos de espíritu de

1. Enrique Líster, *Nuestra guerra*, París, Ebro, 1966, p. 275.

combate y bautizados con nombres sonoros que exaltan los ánimos. Ese quinto regimiento se convertirá enseguida en el más productivo y disciplinado semillero de combatientes contra la rebelión. Pero, a diferencia de los sublevados, la estrategia político-militar de la República es nula. No existe, excepto por lo que se refiere a defenderse con lo que haya en cada momento de los golpes de un enemigo cuyo proyecto político también se desconoce, salvo por un detalle fundamental: quiere acabar con lo que hay de forma atroz, mediante el exterminio. Pero que también tiene un objetivo militar claro: tomar Madrid mediante la convergencia de distintas columnas sobre la ciudad. A ese plan, se le oponen la voluntad y la fuerza bruta de los milicianos.

El segundo problema es el del armamento. Francia ha accedido a vender a la República algunos aviones de caza, y se ponen en marcha los viejos aparatos que manejan los pilotos leales, reforzados en poco tiempo por los primeros extranjeros, algunos de ellos mercenarios, que vuelan en escuadrillas de nombres tan sonoros como el que proporciona el escritor André Malraux a la Escuadrilla España. En agosto, los rebeldes comienzan a contar con una ventaja sensible, la que les da la primera remesa de aviones italianos Fiat que Mussolini envía con presteza. En la segunda quincena del mes, se monta el Comité de No Intervención, que fuerza a Francia a suspender las ventas de armas al Gobierno y le ciega los mercados exteriores. Mientras, otros firmantes de ese acuerdo suministran con poca discreción armas y municiones a petición de Franco, como Alemania e Italia que, aunque no han estado implicadas en el golpe, saben a quién deben apoyar, a Franco, mientras desprecian otras solicitudes como las de Emilio Mola.

Puesto en marcha el golpe, cada uno actúa por su cuenta. Y queda pendiente saber quién va a dirigir los destinos del país. Se va a nombrar de inmediato una Junta de Defensa que reúna a los los golpistas más destacados. Eso significa una dirección colegiada, pero de carácter inestable. Cuando no hay acuerdo, cada uno actúa por su cuenta. Por su parte, el presidente de la República está exhausto por el esfuerzo de afrontar los acontecimientos y tras tantas noches sin apenas dormir. Azaña hace su primera llamada a los republicanos, a todos los españoles, el 23 de julio, a través de la radio. Hay que resistir, hay que vencer. Mientras, el bando sublevado avanza hacia Madrid.